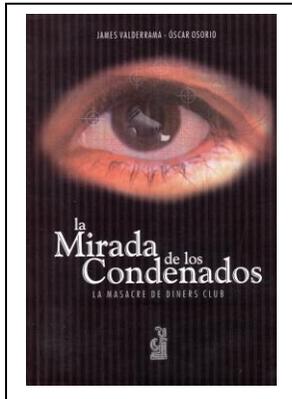


Crónica de un gran reportaje hecho en Colombia¹

Por Duván Flores



James Valderrama y Óscar Osorio quedaron especialmente sorprendidos cuando el 4 de diciembre de 1984 detonó en Cali una noticia de calibre internacional: catorce personas que se encontraban en la entidad crediticia Diners Club habían sido atacadas a bala y navaja, en un proceso lento y sistemático que dejó nueve muertos y cinco sobrevivientes. "Nosotros —recuerda Óscar Osorio— éramos parte del desconcierto de la ciudad, pero no por la masacre como tal, sino porque los homicidas eran muchachos bien recomendados por los vecinos de nuestro barrio".

James y Óscar se habían conocido en la Universidad del Valle cuando adelantaban sus estudios de Licenciatura en Literatura. Ahí, junto a otros cuatro compañeros conformaron el grupo Botella y Luna para trabajar los cuentos y poemas que escribían. "Después de once años de trabajo nos dimos cuenta de que era necesario institucionalizar el espacio", cuenta James Valderrama, actual director de la Fundación Literaria Botella y Luna, la cual lleva operando más de dos años. Entre sus principales logros se destaca la creación de una editorial que hasta ahora ha publicado seis libros. El último es un arduo reportaje que se titula *La mirada de los condenados*. James Valderrama y Óscar Osorio lo escribieron para explicar porque dos “buenos muchachos” de sus barrios (Chiminangos y San Luis) habían sido capaces de cometer uno de los crímenes más atroces de Colombia.

Ni James ni Óscar habían realizado antes un trabajo de tal magnitud. "Yo —dice Óscar Osorio— escasamente había escrito algunas crónicas pequeñas y unos cuantos artículos periodísticos". Además de la tesis de grado que recibió calificación meritoria. Por su parte, James Valderrama, aunque ya estaba adelantando su Especialización en Prácticas Audiovisuales con Énfasis en Periodismo, tampoco contaba con una sólida experiencia en la elaboración de textos ajenos a la ficción. Sin embargo, ambos decidieron aventurarse en un proyecto que, aparentemente, abarcaba más de lo que ellos podían apretar.

¹¹ Publicado en *La Palabra*, agosto de 2003.

El objetivo que se trazaron al empezar la investigación era preciso... y descomunal. "Se trataba de que nadie, ni los abogados, ni el juez, ni los asesinos, ni los sobrevivientes, conocieran lo que había sucedido en Diners tan bien como nosotros". Para ello, realizaron más de treinta entrevistas, estudiaron toda la información que había estallado en los medios, sistematizaron los siete mil folios del expediente judicial, revisaron a fondo los informes psiquiátricos, incluso permitieron que las horrendas imágenes del crimen se apoderaran de sus sueños. Lo más impresionante, sin embargo, no es que hayan logrado recoger hasta la última gota de información; lo que en verdad resulta aterrador es que lo hayan hecho sin un apoyo institucional. "Todo corría por cuenta de nosotros —dice Óscar Osorio—, desde las pilas, cassettes, transcripciones, hasta los gastos de los viajes que constantemente realizábamos a Medellín y Pereira". "Además —agrega James Valderrama— en la cárcel donde entrevistábamos a James Rodríguez nos sometíamos a las pesquisas incómodas y degradantes que les aplican a todos los visitantes". Fueron casi cuatro años de sacrificios económicos y duras jomadas que hoy le permiten asegurar a Óscar Osorio lo siguiente: "En Colombia, exceptuando la obra *Noticia de un Secuestro*, no se ha escrito un texto periodístico con el nivel de investigación que tiene *La mirada de los condenados*".

Al finalizar la investigación tenían hasta el alma impregnada de la masacre, pero lo cierto es que apenas habían conquistado la primera etapa del camino. Aún faltaba lo más difícil: convertir toda la información en una historia.

Meses atrás habían decidido enfrentar una problemática ineludible: ¿Cómo componer un texto a dos manos si la escritura es un acto estrictamente individual? Después de discutirlo hasta el cansancio con sus compañeros de Botella y Luna, hallaron la respuesta. Debían crear un modelo narrativo al cual ambos se pudieran adaptar fácilmente. Fue así como al finalizar la investigación y después de muchísimos ejercicios literarios, James Valderrama y Óscar Osorio se convirtieron en un solo escritor, es decir, redactaban bajo el mismo estilo, sostenían el mismo ritmo y practicaban las mismas formas de puntuación. Los primeros borradores que escribieron eran pésimos, tanto que, según James Valderrama, "su lectura no la soportábamos ni nosotros mismos". Al cabo de varios meses lo único que habían conseguido era llenar sus papeleras con intentos frustrados. Comenzó entonces a aparecer la desesperación. "Ya teníamos todo hecho, ya habíamos entrevistado a todo el mundo, consultado todas las fuentes, teníamos un tono narrativo en común, pero no encontrábamos cómo contar la historia, cómo dosificar la información, cómo estructurar el relato", cuenta James Valderrama.

Los ánimos empezaban a derrumbarse, pero los veinte años de amistad hicieron posible que el proyecto se sostuviera. Un día, en una habitación forrada de mapas conceptuales y planos del lugar de la tragedia, comenzaron a vislumbrar que lo mejor era contar la historia por medio de secuencias cortas". Poco a poco, con el cálculo de un ajedrecista y la precisión de un relojero, fueron diseñando el esquema del libro. Hoy, dieciocho meses después, hay dos mil ejemplares expuestos en las librerías más importantes del país y en dos de New York. El resultado de los cinco años de trabajo es un libro ágil y riguroso, cuyas aguas arrastran al lector desde la primera página hasta la última sin dejarlo tomar aliento. No obstante, el lugar en que desembocan esas aguas es triste. Se trata de la constatación de que cualquiera (hasta dos buenos muchachos del barrio) en esta nueva narco-sociedad puede convertirse, sin motivaciones especiales, en el autor de una atrocidad.